

gro no ha llegado a lo pornográfico. Y una pasión violenta: al de Pascasio Speek, el negro, y de Andrés, el recluso joven, aparece magnificada por elementos de ternura y de superación al oprobioso charco en que se desespera la colectividad carcelaria.

La novela cubana, tan perfilada en Luis Felipe Rodríguez, tan moderna en Serpa, tan enriquecida de temas mulatos en Novás Calvo, se estremece de calidad social en la obra de Montenegro. Es una ampliación magnífica de sus esbozos carcelarios anteriores. Completa una labor en que lo cosmopolita y el calor guajiro se compenetran a través de milagros de evocación, como *El renuevo* o *El negro Torcuato*, cuentos que son dignos de una antología—RICARDO A. LATCHAM.



<https://doi.org/10.29393/At172-218JENG10218>

NICOMEDES GUZMÁN y su libro *Los Hombres Oscuros*

Nada en su aspecto que revele al escritor del suburbio, habitante en un conventillo: ni el tipo indígena, ni la cabellera desgredada, ni las expresiones o maneras de un rebelde profesional; nada, en suma, que induzca a pensar en la dedicatoria de su reciente libro; «A mi padre, heladero ambulante, y a mi madre, obrera doméstica».

Nicomedes Guzmán nos suministra, de preferencia, la impresión de un niño: un estudiante jovial de la clase media, que lleva en su semblante mucho más de europeo que de aborigen. Un niño que abre sus ojos risueños hacia el mundo, y que lleva en su morral la suficiente fe propia, para no temer a endriagos y vestiglos. Sin gestos de rencor ni iluminaciones de fanático.

Y, cosa poco frecuente,—esto que nos revela su persona no se ve desmentido en su libro. «Los hombres oscuros» no es, pues, lo que anuncia el prologista, Jacobo Danke: «La novela de Guzmán golpea de frente, recto, como un púgil sabio y diestro. El cazador de delectaciones meramente estéticas, saldrá defrau-

dado de ella, y el retórico, y el crítico, y el mogigato, y el sacristán, y el burgués perfumado y engominado—todos estos especímenes de una cultura que agoniza».

Por el contrario, el simple esteta cogería un buen manojito en este jardín. Y el retórico se inclinaría ante varias figuras de pensamiento. ¿Y por qué despreciar en total a la retórica? Es un cuento viejo ese de que Stendhal leía, antes de trabajar, el Código Civil a fin de adquirir su tono. Era la suya una reacción contra el verbalismo endemoniado de los románticos. Pero su prosa, aunque seca, no por eso resultó menos distinta a la del común de los hombres. Lo que quiere decir que, a pesar de todo, Stendhal tuvo su estilo.

Lo reprobable es, naturalmente el abuso, porque puede ocurrir que por preocuparse tanto de la forma, se deja por debajo el vacío.

En este joven escritor, se nota desde el primer momento la preocupación de rehuir las frases manidas. Procura afirmar su estilo sobre imágenes nuevas o de muy poco uso: «Ayer al tiempo le tocó remolienda y zandungueo por los tejados haciendo sonar sus claros zapatos de agua». Otras son más precisas y hermosas: «Todavía tengo las pupilas llenas de su figura». O esta, muy gráfica: «Alguna puerta sacude sobre la vereda una alfombra de luz. «Existen también, es verdad, algunas dislocadas o que encierran una comparación de poca fortuna: «los tristes pitazos brotan como lágrimas por las mejillas de la noche». En cambio, ¡cuánto vigor en: «El hombre de las cavernas me tranquea por la sangre!».

No nos brinda, por supuesto, un lenguaje pulcro. No se puede escribir sobre el arrabal con palabras de seda. La gente del conventillo entra en su obra con sus expresiones originales. Ni siquiera se ahorra esa palabra tan chilena, empleada tanto por el hombre de ojota, como por el que se precia de elegante, expresión que intercalaba con frecuencia hasta un Presidente de la República, y que viene a ser el sello de chilenidad en todo el

mundo; palabreja que ha solido asomar en libros o en diarios, representada por una simple «h...». Sin duda, por primera vez la vemos sin recortes en un libro, aunque cambiando la inicial por una «g», con lo que, al parecer, se disfraza un poco. Y al leerla, se nos figura que el diálogo adquiere una realidad asombrosa.

Tampoco cercena otro vocablo muy común en la boca del pueblo, y el que, a pesar de que se le encuentra varias veces en el *Quijote*, ha sido barrido, por exceso de pudibundez en la moderna literatura. Igualmente esta expresión comunica un mayor sabor de realidad a los diálogos.

Por otra parte, nuestro autor le da al órgano mamario el nombre corriente entre el pueblo, y que es el castizo: ¡ya sabemos que el vulgo es el gran conservador del viejo lenguaje! La dicción «seno» es un contrasentido, pues si nos atenemos al léxico, significa todo lo contrario: una concavidad o hendidura redondeada.

Estas expresiones asustarán a las personas de una moral demasiado estrecha, pero no tardarán en acostumbrarse. Por ejemplo, al empezar a leer las auténticas «Mil y una noches», traducidas por el doctor Mardrus, nos choca eso de que se mencione a los órganos de la generación con sus nombres científicos o con una perífrasis oportuna; pero, corridas unas páginas, nuestra aclimatación será completa. Lo mismo ocurre con la más atrevida novela de Lawrence: «El amante de Lady Chatterley».

Y en cuanto esto se repita en otras novelas concluiremos por dar fueros de salud a lo que hoy entra en lo obscuro. Porque si se pueden nombrar todos los mecanismos de la vida, no hay razón para cubrir de sombras espesas a los más importantes de todos: los que prolongan la especie. El pueblo los bautiza con un buen surtido de nombres, generalmente de animales; pero ninguno podría ser usado en una novela, porque le quitaría seriedad a lo que debe mirarse con el mayor respeto. Es preferible el tér-

mino científico. Pero cuando fuere necesario; no con el propósito avieso de encender la lubricidad en los lectores: hay y debe haber, una diferencia marcada entre la obra artística y la simplemente pornográfica.

Al revés, no existe ninguna ventaja, y sólo inconvenientes, en sacar a relucir en las novelas expresiones que nos comuniquen una sensación de repugnancia. Nunca va a ser posible extraer belleza de lo asqueroso: el arte es evasión de la bazofia, de lo grotesco; su afán es la imaginación un poco... Por desgracia, Nicomedes Guzmán cae en este delito, y también en la inconveniencia de entrar en descripción, aunque somera, de escenas que hieren nuestro olfato o nuestro estómago. A lo que parece, desde que Joyce publicó «Ulises» ha cundido esta moda de introducir en la novela vocablos recogidos de la basura. Y hay escritores dotados de una psicología femenina, en esto de seguir cualquiera moda, por ridícula o reprobable que fuere. ¡Y es curioso! Para la moral hebreo-cristiana que gobierna al mundo civilizado, es pecado mortal mencionar todo lo que se refiere a la generación, y ni siquiera venial lo tocante a lo puerco o repulsivo. Blasco Ibáñez, en su novela *Mare Nostrum*, nos presenta a un notario de Valencia, muy católico, sumamente aficionado a referir historias hechas para despertar náuseas, y el que se habría muerto de remordimientos si hubiera hecho en sus cuentos la menor alusión al amor físico.

Otra cosa que choca en la novela de Guzmán es la prédica de carácter social-económico-político usada en ciertos diálogos, tan pegadizos en el libro que dan la impresión de que se caen solos. Sin entrar a discutir si hay conveniencia o no en que las obras de imaginación obedezcan a un fin sociológico, lo evidente es que una enseñanza o un postulado de ese género deben fluir de los hechos más que de largas discusiones entre los personajes. Si se quiere buscar prosélitos para determinada doctrina, el primer medio es el más eficaz, y el que no despertará recelos en los lectores predispuestos en contrario.

En cambio, cuando Nicomedes Guzmán obedece solamente a su instinto de novelista, nos transmite diálogos de una realidad estupenda y con suficiente gracia:

—«¿Aguantar no más vecina!—P'aguantar nacimos los pobres.

—«¡Sí, claro, aguantar, Señor, mientras otros botan a manos llenas la plata!

—«La vida es así, vecinita! ¡Hay que ponerle el hombro! Pa sufrir caímos en este mundo.

—«¿Y pa qué sirve la vida así? Los que se matan tienen razón.

—«¡Por Dios, no diga esas cosas, vecina!

—«¡Y todavía llenándose más de chiquillos una! ¡Parece que Jacinto ya me plantó otro!»! Este mes no me llegó la «cuestión...».

La vida opaca del protagonista, que es al mismo tiempo el narrador, se endulza con el amor de Inés, pequeña y atrayente habitante de conventillo. Mujercita tierna que muestra los primeros síntomas de la tuberculosis. ¿Ha sido este un recurso romántico? En verdad, aparece demasiado sentimental, demasiado pura esta muchacha obrera, que trabaja en una fábrica. El autor se ha olvidado del ambiente. Por otra parte, el temperamento de este escritor muestra mayores disposiciones para el humorismo que para lo patético. Así, su Inés se atrae nuestras simpatías, pero nos resulta algo hechiza, un poco estilizada.

Pululan, por lo demás, en este libro otros personajes armados de la suficiente diferenciación para que no los olvidemos, como doña Auristela, la mayordoma, el maestro Evaristo, don Alfonso, el carnicero, o el maestro Mercedes, cuya fisonomía se nos imprime en la memoria con una sola línea: «Tenía una nariz chata y redonda, que daban ganas de apretar como un timbre».

Nicomèdes Guzmán es, en seguida, un narrador liviano, que procura eludir lo que pueda aburrirnos. Su prosa no es muy armónica, ni tampoco rica en vocablos; pero salpimentada de

novedosas metáforas o de expresiones en que el buen humor aflora, y así se aligera mucho nuestro camino.

Si se le suprimiera la prédica política, ¡cuánto ganaría este libro! Felizmente Nicomedes Guzmán es, por encima de todo, un novelista auténtico. Escritor que lucha ostensiblemente por formarse un estilo, y cuyo inconsciente sabe aprovechar lo que recoge, podrá aportar a esta pobre literatura chilena una contribución de valía, si el militante de una «seccional» logra guardar silencio cuando es el arte quien habla.—JANUARIO ESPINOSA.



CANCIONES DE TIERRA Y SOL, por *Julieta Gómez Paz*.—Buenos Aires, 1939

Esta joven poetisa argentina se dió a conocer en 1934 con el libro «Versos míos». Si no fué, en verdad, una revelación sorprendente, la artística sencillez de su expresión, y cierta originalidad nada común, anunciaban un temperamento y una verdadera vocación poética.

«Canciones de tierra y sol», conserva, más afinadas las cualidades de su primer libro, y añade una nota de subjetivismo más diáfano que el de entonces, como si la poetisa hubiese comprendido que la verdad interior debe poner su matiz iluminado en la fuerza del canto.

En su poema «Dolor» hay estas voces de sinceridad:

Para empinar mi juventud vibrante
 maduré una ilusión en defensiva;
 manó de mi pureza una agua clara:
 no era la fe, más se le parecía...
 Un optimismo voluntario
 me sonrosó las perspectivas,
 y logré una esperanza que acunara
 mi horror de descreída.